

del monarca, defendiendo la tierra que hemos ganado para él. Si perecemos, habremos alcanzado el mayor timbre de gloria, que es morir por su rey y el deber de caballeros» (1).

La determinacion de Cortés de no acatar sino la orden del rey para entregar lo conquistado, y de ninguna manera la del gobernador de Cuba, ha sido considerada, por algunos escritores, como insostenible en el terreno del derecho. La autoridad de Hernan Cortés, dicen, no se apoyaba en fundamento diverso de la de Narvaez: ambos habian recibido el nombramiento de Diego Velazquez, y si éste tuvo poder para nombrar al primero como jefe de la expedicion primera, tambien lo tenia para relevarle del cargo, enviando otro general á sustituirle. Si Pánfilo de Narvaez no podia presentar un documento dado por la corona, su rival se encontraba en idéntico caso (2).

(1) «Yo le respondi que no veía provision de vuestra alteza por donde le debiese entregar la tierra, é que si alguna traía, que la presentase ante mi y ante el cabildo de Veracruz, segun orden y costumbre de España, y que yo estaba presto de la obedecer y cumplir; y que hasta tanto, por ningun interés ni partido haria lo que él decia; antes yo y los que conmigo estaban moriríamos en defensa de la tierra, pues la habíamos ganado y tenido por vuestra majestad, pacífica y segura, y por no ser traidores y desleales á nuestro rey... Considerando que morir en servicio de mi rey, y por defender y amparar sus tierras y no las dejar usurpar, á mí y á los de mi compañía se nos seguia farta gloria.»—Segunda carta de Cortés á Carlos V.

(2) Oviedo, haciendo algunas reflexiones sobre este punto, dice: «E tambien que me parece donaire, ó no bastante la excusa que Cortés da para fundar é justificar su negocio, que es decir, que el Narvaez presentase las provisiones que llevaba de S. M. Como si el dicho Cortés hobiera ido á aquella tierra por mandado de S. M. ó con mas, ni tanta autoridad como llevaba Narvaez; pues que es claro é notorio, que el adelantado Diego Velazquez, que envió á Cortés, era parte, segun derecho, para le enviar á remover, y el Cortés obligado á le obedecer.»—*Historia de las Indias*, MS.

Yo creo, sin embargo, que en Cortés existian circunstancias que en aquellos momentos le favorecian altamente. Si bien se reflexiona sobre la manera con que se formó la primera expedicion, se notará que, mas que un subalterno, fué Cortés un socio de Velazquez. Él puso la parte mayor en aquella empresa. Consumió en ella todo su caudal y grandes sumas que le facilitaron sus amigos, porque tenian confianza en él. Velazquez le nombró, porque contaba con que de esta manera se realizaria su deseo. Mas tarde, cuando saltó en las playas de la Nueva España y se formó un Ayuntamiento, cuerpo entonces que gozaba de grandes prerrogativas, fué investido con los mandos de capitán general y justicia mayor de la Villa. Desde aquel instante, no derivaba ya su autoridad del nombramiento de Velazquez. Por aquel artificio legal, no eran las fuerzas enviadas por el gobernador de Cuba las que se encontraban ocupadas en la conquista de Méjico, sino la milicia veracruzana. Seria un ardid de que se habian valido los amigos de Cortés, acaso propuesto por éste, para independer sus actos de la autoridad de Diego Velazquez; pero era un ardid que le daba toda la fuerza de autoridad legítima. La expedicion de Hernan Cortés, además, se habia hecho con permiso de la Audiencia de Santo Domingo. El gobernador de Cuba, para proceder á la empresa, habia enviado á la isla Española á Juan de Salcedo, para obtener la licencia de los monjes jerónimos. Pues bien, ninguna de las circunstancias referidas concurrían en Pánfilo de Narvaez. Los gastos se habian hecho por cuenta de Diego Velazquez. Era la autoridad y el capitalista á la vez. Su general no era un socio, sino únicamente un servidor.

Pero ni el que enviaba la flota ni el que la mandaba habían obtenido permiso de la real Audiencia de Santo Domingo, que era entonces la autoridad suprema en las colonias, para hostilizar á Cortés. Por el contrario; habia enviado, como hemos visto, á uno de sus respetables miembros, al licenciado Ayllon, para interponer su autoridad y evitar que la escuadra saliera. Diego Velazquez, atropellando los fueros de la real Audiencia y despreciando las enérgicas protestas del individuo por ella enviado, hizo salir la armada. Hernan Cortés tuvo noticia de estos hechos, y era imposible que se hallase dispuesto á entregar el mando á un jefe que llegaba sin autorizacion de la suprema autoridad judicial que, en nombre del rey, gobernaba las posesiones españolas en América.

Antes de volver el secretario Andrés de Duero con sus compañeros á poner en conocimiento de Narvaez la contestacion de Cortés, tuvo algunas secretas conferencias con éste, respecto al importante asunto de un avenimiento. Andrés de Duero ofreció á su antiguo amigo emplear toda su influencia en que se llegase á un arreglo. Tambien le indicó que podria inclinar mucho el ánimo de Narvaez á celebrar un convenio la presencia del capitán Juan Velazquez de Leon. Manifestó que, como pariente del gobernador de Cuba, su opinion, respecto á la conveniencia de un arreglo amistoso, seria bien acogida por los oficiales del ejército, la mayor parte de los cuales eran amigos suyos. Por lo que hacia á Pánfilo de Narvaez, siempre le habia oido que deseaba verle en su campamento para conferenciar con él.

Deseando Hernan Cortés llegar á un avenimiento, y no

queriendo perdonar medio ninguno para conseguirlo, se propuso enviar á Juan Velazquez de Leon, como le habia aconsejado el secretario Andrés de Duero. Conocia su inquebrantable fidelidad, de la cual tenia una prueba muy reciente en la carta que le habia enviado escrita por Narvaez, y creia que lo que no se alcanzase por su medio, no se lograría de ninguna otra manera. «He pensado, le dijo, en daros la comision de disponer el ánimo del general, contrario á la paz. Se me ha asegurado que desea veros; que sus razones os convencerán de la justicia que le asiste y de lo engañado que estais en creerme leal y buen servidor del rey. Sin conocer vuestra hidalguía y haciendo poca justicia á vuestra caballerosidad, se ha imaginado que al veros en su campamento y escucharle, dejaríais mis banderas por las suyas, siendo entonces segura mi derrota. Yo que sé lo que valeis; lo que vale para vos el honor y el servicio del rey; yo que tengo la conciencia de que he obrado bien y de que estais en la persuasion de que no he cumplido mal, he resuelto confiaros el importante asunto de un arreglo, para probarles su ofensivo error, y darles una prueba de la seguridad que tengo de vuestra rectitud.»

Juan Velazquez de Leon dijo que, mal le conocia Pánfilo de Narvaez al creer que las consideraciones de parentesco que le unian con el gobernador de Cuba, pesasen más en su ánimo que la obligacion sagrada de su deber. «Por eso quiero que vayais—le contestó Cortés—y os pido que lleveis todas vuestras alhajas y oro, sin olvidaros de llevar al cuello la hermosa y pesada cadena de oro llamada la fanfarrona» (1). «Iré y haré lo que me mandeis,

(1) «Que luego se vaya en su buena yegua rucia, y que lleve todo su oro

contestó Juan Velazquez de Leon; pero marcharé sin oro ni joyas de mi pertenencia; porque mas me satisface servir, que la posesion de todas las riquezas del mundo» (1).

La contestacion no podia ser mas noble ni mas lisonjera para Cortés. «Lo sé, dijo éste, estrechándole la mano; y por lo mismo deseo que las lleveis. Así verán que no habeis dejado aquí mas bienes que la justicia y el buen servicio del rey, por los cuales les hareis ver que volveis á mi campamento, si se desprecian las proposiciones de paz.» Velazquez de Leon contestó: «Haré como lo mandais.»

Hernan Cortés le dió algunas joyas suyas para que obsequiase con ellas á las personas que estimase, y poco despues salia el fiel capitan á caballo, con direccion á Cempoala, acompañado de un mozo de espuelas de Cortés, llamado Juan del Rio.

Dos dias antes habia enviado el caudillo español otra embajada con el padre Olmedo, con el objeto de inclinar á un avenimiento el ánimo del general contrario. La carta que llevó para el jefe de la nueva expedicion estaba concebida en los términos mas persuasivos á la paz. Narvaez trató con muchas consideraciones al religioso, procurando persuadirle de que no estaba de parte de su rival la razon,

y la fanfarrona (que era muy pesada cadena de oro).—Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista.*

(1) «Y el Juan Velazquez respondió que él haria lo que su merced mandaba, mas que su oro ni cadenas que no llevaria consigo; salvo lo que le diese para dar á quien mandase; porque donde su persona estuviere es para le siempre servir, más que cuanto oro ni piedras de diamantes puede haber.—*Idem.*

y mucho menos, por lo mismo, el servicio del rey. El sacerdote, que anhelaba interesar á los oficiales y soldados en que se celebrase un arreglo amistoso, no se manifestó contrario á las ideas emitidas por Narvaez; y éste, creyendo hacerle adicto, dijo que permaneciese en Cempoala, mientras resolvía lo que seria mas conveniente contestar.

La llegada de Juan Velazquez de Leon al campamento de Narvaez, hizo creer al ejército entero que iba dispuesto á seguir las banderas de su pariente el gobernador de Cuba. Los soldados corrieron á dar parte á su general de aquel suceso, y Narvaez salió á la puerta de la calle á recibirle. Despues de abrazarse y dirigirse los saludos de costumbre, el jefe de la expedición le hizo entrar en su casa para obsequiarle cumplidamente. Pronto llegaron casi todos los oficiales del ejército á verle y abrazarle, entrando luego en una animada conversacion. Esta giró, como era natural, sobre los sucesos del dia. Las palabras contra Cortés, acusándole de desleal, de ambicioso y de traidor, tardaron poco en salir de los labios de Narvaez, repitiéndose luego por algunos de sus aduladores. Juan Velazquez de Leon tomó la palabra en defensa de su jefe. Dijo que su presencia en Cempoala no reconocia otro motivo que el de procurar la paz con un convenio digno, mision que le habia confiado su general. Por lo que hacia á la conducta que habia observado desde que se hallaba al frente del ejército, nadie era mejor servidor del rey que Cortés, ni nadie estaba mas lejos de la infame traicion, que él.

Quedó sorprendido Narvaez con la inesperada defensa de Velazquez de Leon. Se habia lisonjeado con que llegaba á unirse á sus banderas, y le encontraba resuelto á

defender á su rival. El mismo asombro causó en los capitanes que habian marchado á saludarle.

El digno enviado de Cortés se destacaba en aquel cuadro con la majestad de un noble caballero. Su elevada estatura, su musculatura atlética, su gallarda presencia, su rostro varonil y agradable, su elegante cabeza y su poblada barba, perfectamente arreglada, le hacian interesante y simpático; iba con gusto vestido, y una gran cadena de oro, descansando sobre el hombro y dando vueltas por debajo del brazo, daba notable realce á su vistoso uniforme (1).

Pánfilo de Narvaez, aunque manifestó su disgusto por verle interesado en defender á su rival, contra los intereses de un cercano pariente, moderó sus expresiones, confiando en que lograria atraerle á su partido haciéndole proposiciones ventajosas, y presentando á su vista toda la fuerza de que podia disponer, para que comprendiese la desesperada situacion de Cortés y abandonase sus banderas.

Terminada la visita, Narvaez le hizo lisonjeros ofrecimientos, y le suplicó que volviese, para tener el gusto de hablar detenidamente y dar un paseo juntos. Obsequió Velazquez de Leon el deseo del jefe de la nueva expedicion, y fué tratado con las mas altas consideraciones. Le invitó luego á ver el personal de su ejército, y mandó que

(1) «El Juan Velazquez era muy de palacio y de buen cuerpo, membrudo, y de buena presencia y rostro, y la barba muy bien puesta, y llevaba una cadena muy grande de oro echada al hombro, que le daba vueltas debajo el brazo, y pareciale muy bien, como bravoso y buen capitán.»—Bernal Diaz.

maniobrasen todas las fuerzas en un sitio espacioso en que pudiesen correr los caballos y lucir la artillería. «Mucha fuerza y grandes elementos de guerra traeis,» dijo Velazquez de Leon al terminar el ejercicio: «os doy el parabien por ello» (1). «Esto os convencerá, le contestó Narvaez, de que en el momento que me dirija sobre Cortés, quedará prisionero y destrozada su gente. Pero quiero evitar la efusion de sangre, esperando que los que le acompañan reconozcan su error y vengan á unirse á las banderas del rey.»

La conversacion siguió en este sentido, teniéndose mútuas consideraciones; y al separarse, como buenos amigos, Narvaez convidó á comer, para el dia siguiente, á Velazquez de Leon.

El general abrigaba grandes esperanzas de hacer cambiar de opinion al valiente capitán. Con el fin de que le ayudasen á convencerle, invitó á varios oficiales á la misma mesa.

Llegada la hora del banquete, nadie faltó á la cita. Los mas adictos á Narvaez habian sido convidados. La conversacion fué al principio entretenida; pero al fin fué preciso entrar en la política, objeto con que se habia dado aquel banquete para atraer á las filas á Velazquez de Leon. Se trató de halagar el amor propio de éste y de presentarle ante los ojos, mando y honores. El valiente capitán daba las gracias á los que le favorecian con galantes frases, y se manifestaba tolerante con todas las opiniones. Se hallaba

(1) «Gran pujanza trae vuestra merced; Dios se la acreciente.»—Bernal Diaz.